

Don Winslow

EL INVIERNO
DE FRANKIE MACHINE

mr ediciones martínez roca

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los lugares y los hechos son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, acontecimientos o lugares reales es pura coincidencia.

Título original: *The Winter of Frankie Machine*

© 2006, Don Winslow

© 2010, Alejandra Devoto, por la traducción

© 2010, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid

www.mrediciones.com

Primera edición: septiembre de 2010

ISBN: 978-84-270-3643-7

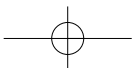
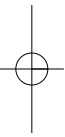
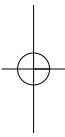
Depósito legal: M. 30.028-2010

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

*Para Bill McEaney,
maestro, amigo y virtuoso en el arte de la vida*



I

«¡Qué trabajo me da ser yo!», piensa Frank Machianno cuando suena el despertador a las cuatro menos cuarto de la mañana.

Se levanta enseguida y siente en los pies el frío del suelo de madera.

Tiene razón: qué trabajo le da ser él.

Cruza sin hacer ruido el suelo de madera que ha pulido y barnizado él mismo y se mete en la ducha. Tarda solo un minuto en ducharse y ese es uno de los motivos por los que le gusta llevar corto el pelo canoso.

«Así no tardo mucho en lavarlo», le dice a Donna cuando ella se queja.

Tarda treinta segundos en secarse; a continuación se enrolla la toalla a la cintura, que últimamente ha crecido más de lo que quisiera, se afeita y se lava los dientes. De camino a la cocina atraviesa el salón, donde recoge un mando a distancia, aprieta un botón y de los altavoces sale *La Bohème* a todo volumen. Una de las ventajas de vivir solo —«tal vez sea la única ventaja de vivir solo», piensa Frank— es que puedes escuchar ópera a las cuatro de la mañana sin incordiar a nadie. La casa es sólida y tiene paredes gruesas, como las de antes, conque las arias que Frank escucha de madrugada tampoco molestan a los vecinos.

Frank tiene un par de abonos para la Ópera de San Diego y

Donna es tan amable que finge que realmente le gusta acompañarlo. Hasta hizo como que no se daba cuenta de que él había llorado al final de *La Bohème*, cuando Mimi muere.

Mientras se dirige a la cocina, canta con Victoria de los Ángeles:

*«... ma quando vien lo sgelo,
il primo sole è mio
il primo bacio dell'aprile è mio!
il primo sole è mio!..»*

A Frank le encanta su cocina.

Él mismo colocó las baldosas blancas y negras clásicas y, con ayuda de un amigo carpintero, la encimera y los armarios. Encontró el viejo tajo de carnicero en una tienda de antigüedades del barrio italiano. No estaba en muy buen estado cuando lo compró —estaba seco y empezaba a agrietarse— y tuvo que frotarle aceite durante meses para que volviera a estar en óptimas condiciones, pero a él le encanta por sus imperfecciones, sus desportilladuras y sus marcas, que él llama «medallas de honor», después de años y años de fiel servicio.

—Es que lo han usado otras personas —dijo a Donna cuando ella le preguntó por qué sencillamente no se compraba uno nuevo, ya que se lo podía permitir—. Si acercas la nariz, hasta puedes oler dónde picaban el ajo.

—Los hombres italianos y sus madres —dijo Donna.

—Mi madre cocinaba bien —respondió Frank—, pero el que sabía cocinar de verdad era mi padre. Fue él quien me enseñó.

«Y le enseñó bien», pensaba Donna.

Podrás pensar muchas otras cosas sobre Frank Machianno (como que puede ser un auténtico coñazo), pero no cabe duda de que sabe cocinar. También sabe tratar a las mujeres. Es posible que los dos atributos tengan algo que ver. En realidad, fue Frank quien se lo sugirió.

—Hacer el amor es como preparar una buena salsa —le dijo una noche en la cama, después de la «refriega».

—No sigas, Frank, mientras estás a tiempo —le dijo ella.

No le hizo caso.

—Tienes que tomarte tu tiempo, usar la cantidad exacta de las especias adecuadas, saborearlas una a una y después, poco a poco, ir subiendo el fuego hasta que la salsa entra en ebullición.

«Lo que tiene de especial Frank Machianno —pensó ella, acostada a su lado— es que acaba de comparar tu cuerpo con una boloñesa y no lo echas a patadas de la cama.»

Tal vez sea por lo mucho que se esmera. Ella ha ido con él en el coche de un lado a otro de la ciudad, a cinco tiendas diferentes, a comprar en cada una de ellas un ingrediente distinto para preparar un solo plato. («Las mejores *salsiccie* son las de Cristafaro, Donna.») Presta la misma atención a los detalles en el dormitorio y sabe cómo hacer —digamos— que la salsa entre en ebullición.

Aquella mañana, como siempre, abre un bote cerrado al vacío que contiene granos de café verde Kona y echa varias cucharadas en la pequeña tostadora que compró a través de uno de los catálogos para chefs que siempre le llegan por correo.

Donna no para de darle la lata con la cuestión de los granos de café:

—Cómprate una cafetera automática, de esas que vienen con temporizador —le decía—, y así tendrás listo el café al salir de la ducha. Hasta podrías dormir unos minutos más.

—Pero no sería igual de bueno.

—¡Qué trabajo te da ser tú! —decía Donna.

«¿Qué le voy a decir? —pensaba Frank—. Tiene razón.»

—¿Has oído hablar de eso que llaman «calidad de vida»? —le preguntaba él.

—Pues sí —decía Donna—, por lo general con referencia a los enfermos terminales, sobre si los desenchufan o no.

—Esta es una cuestión de calidad de vida —respondía Frank.

«Claro que sí —piensa esta mañana, mientras disfruta del olor de los granos de café al tostarse y pone a hervir el agua—. La calidad de vida tiene que ver con pequeñeces: con hacerlas bien y hacerlas como corresponde.»

De la rejilla que está colgada encima del tajo coge una sartén pequeña y la pone sobre el hornillo. Le echa una rebanada fina de mantequilla; justo cuando empieza a fundirse, rompe un huevo en la sartén y, mientras se fríe, corta al medio un *bagel* de cebolla. Con mucho cuidado, retira el huevo con una espátula de plástico —solo plástico, porque el metal rayaría la superficie antiadhesiva, algo que, aparentemente, Donna es incapaz de recordar y por eso no está autorizada a cocinar en la *cucina* de Frank— y lo coloca sobre una de las dos mitades, pone encima la otra y envuelve el bocadillo de huevo en una servilleta de hilo para que no se enfríe.

Evidentemente, Donna le da la tabarra por el huevo diario.

—Es un huevo —le dice él—, no una granada de mano.

—Tienes sesenta y dos años, Frank —dice ella—, y has de vigilar el colesterol.

—Que no, que han descubierto que eso no es cierto —dice él—. ¿Por qué tiene el huevo que pagar todos los platos rotos?

Su hija, Jill, también lo acosa con el tema. Acaba de terminar el curso de preparación para estudiar medicina en la Universidad de California en San Diego, de modo que, evidentemente, lo sabe todo, pero él le dice que no.

—Todavía no has empezado a estudiar medicina —le dice—. Cuando acabes la carrera, podrás darme la lata con los huevos.

«Estados Unidos es el único país del mundo que le teme a su propia comida», piensa.

Cuando tiene listo el bocadillo letal, los granos de café ya se han tostado. Los pone en el molinillo exactamente durante diez segundos y a continuación echa el café molido en la cafetera a

presión francesa, vierte el agua hirviendo y lo deja reposar durante los cuatro minutos recomendados.

No pierde esos minutos, sino que los emplea en vestirse.

—Que un ser humano civilizado sea capaz de vestirse en cuatro minutos es algo que me supera —comentaba Donna.

«Es fácil —piensa Frank—, sobre todo si has dejado la ropa preparada la noche anterior y te dedicas a vender carnada.»

Aquella mañana se pone un par de calzoncillos limpios, calcetines gruesos de lana, una camisa de franela y un par de vaqueros viejos y después se sienta en la cama para ponerse las botas de trabajo.

Cuando regresa a la cocina, el café está listo. Lo vierte en un vaso de metal para llevar y bebe el primer sorbo.

A Frank le encanta aquel primer sorbo de café, sobre todo cuando está recién tostado, recién molido y recién hecho. Eso es calidad de vida.

«Los detalles cuentan», piensa.

Tapa el vaso y lo apoya en la encimera, mientras descuelga su vieja sudadera con capucha del gancho de la pared y se la pone, se encasqueta una gorra de lana negra y coge las llaves del coche y la cartera del lugar que les corresponde.

También coge el *Union-Tribune* del día anterior, del cual se ha reservado las palabras cruzadas. Las hace al final de la mañana, cuando la venta de carnada disminuye.

Vuelve a coger el café y el bocadillo de huevo, apaga el equipo de música y está listo para partir.

Es invierno en San Diego y afuera hace frío.

De acuerdo, lo del frío es relativo —aquello no es Wisconsin ni Dakota del Norte—: no es uno de esos fríos dolorosos que hacen que el motor no arranque y que parece que la cara se te va a agrietar y caer a pedazos, pero en enero en cualquier lugar del

hemisferio norte hace, como mínimo, bastante frío a las cuatro y diez de la madrugada.

«Sobre todo —piensa Frank, mientras monta en su furgoneta Toyota—, cuando tienes más de sesenta y la sangre tarda un poco en calentarse por la mañana.»

De todos modos, le encanta la madrugada. Es la parte del día que más le gusta.

Es su hora de tranquilidad, la única parte de su día ajetreado que es realmente sosegada, y le encanta ver salir el sol sobre las colinas al este de la ciudad y ver cómo el cielo sobre el mar se vuelve rosado, mientras el agua va cambiando de negro a gris.

Aunque todavía falta para eso. Todavía está negro.

Sintoniza una emisora local de radio AM para escuchar el informe meteorológico: lluvia y más lluvia. Entra un gran frente procedente del Pacífico norte. Presta atención a medias mientras el presentador da las noticias locales. Lo habitual: cuatro casas más de Oceanside se han deslizado por una ladera y han caído al barro, los auditores municipales no se ponen de acuerdo sobre si la ciudad está al borde de la quiebra o no y los precios de las viviendas han vuelto a subir.

Después, el escándalo del ayuntamiento: como consecuencia de la Operación Aguijón G del FBI, se acusa a cuatro concejales de aceptar sobornos de los dueños de los clubes de estriptis para revocar la ordenanza municipal que prohíbe el contacto físico en los clubes. Han untado a dos agentes de la brigada antivicio para que hagan la vista gorda.

«Será una noticia, pero no es nada nuevo», piensa Frank.

Como San Diego es una ciudad portuaria de la Armada, el negocio del sexo siempre ha sido una parte importante de la economía. Sobornar a un concejal para que un marinero pueda sentar en sus rodillas a una bailarina semidesnuda es prácticamente un deber cívico.

Sin embargo, si el FBI quiere perder el tiempo con las estrí-

peres, a Frank no le importa. ¿Cuánto hace —como veinte años— que no pisa un club de estriptis?

Frank vuelve a sintonizar la emisora de música clásica, abre la servilleta de hilo que lleva en el regazo y se come el bocadillo de huevo mientras conduce hacia Ocean Beach. Le agrada el regusto de la cebolla en el *bagel* en contraste con el sabor del huevo y lo amargo del café.

Fue Herbie Goldstein, que en paz descanse, quien lo aficionó a los *bagels* de cebolla, en la época en la que Las Vegas todavía era Las Vegas, antes de convertirse en Disney World con mesas de mierda, y Herbie, con sus ciento setenta kilos, era un jugador insólito y un donjuán más insólito aún. Habían estado dando vueltas toda la noche, recorriendo espectáculos y clubes nocturnos con un par de chicas guapísimas, cuando Herbie había entrado en cierto modo en su órbita. Decidieron salir a desayunar y Herbie convenció a un Frank renuente para que probara un *bagel* de cebolla.

—Vamos, italianini —había dicho Herbie—, amplía tus horizontes.

Herbie le había hecho un favor, porque a Frank le gustan mucho los *bagels* de cebolla, aunque solo cuando los puede comprar recién hechos en una tiendecita de comida *kosher* de Hillcrest. Vamos, que el bocadillo de huevo hecho con un *bagel* de cebolla es lo mejor de su rutina matinal.

—Lo normal es desayunar sentado —le decía Donna.

—Yo me siento —respondía Frank—, voy sentado conduciendo.

¿Cómo lo llama Jill? Los chavales de ahora creen que fueron ellos los que inventaron eso de hacer más de una cosa a la vez —tendrían que haberse puesto a criar hijos en los viejos tiempos, antes de que se inventaran los pañales desechables, las lavadoras-secadoras y los microondas— y le han puesto un nombre estrambótico: «Multitarea».

«Eso es —piensa Frank—, yo soy como los jóvenes: multitarea.»

2

El muelle de Ocean Beach es el más grande de California.

El tallo central de la gran te mayúscula de hormigón y acero se adentra más de quinientos metros en el océano Pacífico hasta que el travesaño se ramifica hacia el norte y hacia el sur una distancia casi igual. Recorrer a pie todo el muelle supone una excursión de casi dos kilómetros y medio.

El puesto de carnada de Frank, «Carnada y Aparejos Ocean Beach», está situado más o menos a dos tercios del tallo central del lado norte, lo bastante lejos de la cafetería del muelle como para que el olor de la carnada no moleste a los clientes de la cafetería y para que los turistas que van a comer no molesten a los pescadores que son clientes habituales de Frank.

En realidad, muchos de sus clientes suelen acudir también a la cafetería a comer su *machaca* con huevos y su tortilla de langosta, lo mismo que Frank, porque no es fácil encontrar una buena tortilla de langosta —mejor dicho, no es fácil encontrar tortilla de langosta—, conque, si puedes conseguirla al lado de casa, es cuestión de aprovecharlo, aunque no apetece a las cuatro y cuarto de la madrugada, por más que la cafetería del muelle de Ocean Beach esté abierta las veinticuatro horas, los siete días de la semana.

Frank acaba de despachar su bocadillo de huevo, aparca la furgoneta y va andando hasta su tienda. Podría conducir hasta

allí —tiene un pase—, pero, a menos que tenga que llevar un equipo o alguna otra cosa, prefiere andar. A esa hora del día, el océano es espectacular, sobre todo en invierno. El agua tiene un color gris pizarra frío, más intenso aquella mañana por el oleaje que presagia tormenta.

«En esta época del año, parece una embarazada —piensa Frank—: hinchada, irascible, impaciente.»

Las olas ya golpean los pilares de hormigón, produciendo pequeñas explosiones de agua blanca debajo del muelle.

A Frank le gusta pensar en el largo viaje de las olas, que echan a rodar cerca de Japón y recorren miles de kilómetros por el Pacífico norte, simplemente para romper contra el muelle.

Habrán un montón de surfistas. No piensa en los gorriones, los aspirantes ni los majaras —ellos se quedarán en tierra a mirar y es mejor así—, sino en los de verdad, los artilleros, que saldrán a disfrutar de aquel oleaje. Olas grandes, que se estrellarán con estruendo a lo largo de los viejos puntos y rompientes que sueñan como una letanía en el oficio religioso de los surfistas: Boil, Rockslide, Lescums, Out Ta Sites, Bird Shit, Osprey, Pesky's. Por los dos lados del muelle de Ocean Beach, al norte y al sur, y después subiendo por la costa: Gage, Avalanche y Stubs.

Frank disfruta con el mero hecho de enumerar mentalmente aquellos lugares.

Los conoce todos, porque son sagrados para él, y eso que solo son las rompientes de los alrededores de Ocean Beach, porque, si uno sigue subiendo a lo largo de la costa desde San Diego, la letanía continúa, de norte a sur: Big Rock, Windansea, Rockpile, Hospital Point, Boomer Beach, Black's Beach, Seaside Reef, Suckouts, Swami's, D Street, Tamarack y Carlsbad.

Aquellos nombres tienen magia para el surfista de por allí. No son meros nombres, sino que cada uno contiene recuerdos. Frank creció en aquellos puntos, en la década dorada de 1960,

cuando la costa de San Diego era un paraíso con muy poca gente, sin explotar, cuando había muy pocos surfistas y uno los conocía prácticamente a todos.

¡Aquellos veranos interminables!

«Los días parecían durar eternamente —piensa Frank mientras observa una ola que se acerca y pega contra el muelle—. Te levantabas antes del amanecer, como ahora, y trabajabas intensamente todo el día en el atunero de tu viejo, pero regresabas a media tarde y entonces te ibas a la playa a reunirte con tus amigos y a hacer surf hasta que oscurecía, riendo y diciendo gilipolleces en la zona de arranque, haciendo el memo entre nosotros y presumiendo para las chicas que nos miraban desde la playa. Era la época de las tablas largas y grandes: mucho tiempo y mucho espacio; la época de sacar los diez dedos por la proa y de ir a la playa con la tabla a hacerse el interesante, y de los estupendos *riffs* de guitarra de Dick Dale y las canciones de los Beach Boys, que hablaban de ti, de tu vida, de aquellos dulces días de verano en la playa.

»Siempre parábamos para ver juntos la puesta del sol. Los amigos, las chicas y uno cumplíamos aquel ritual, todos reconocíamos —¿cómo llamarlo?— aquella maravilla. Unos cuantos momentos de calma y respeto, para ver cómo se hundía el sol detrás del horizonte, mientras el agua resplandecía, naranja, rosada y roja, y uno pensaba en lo afortunado que era. Incluso de chaval, ya sabías lo afortunado que eras por estar en aquel lugar en aquel momento y eras tan espabilado que ya te dabas cuenta de que más te valía disfrutarlo.

»Cuando la última tajada de sol rojo desaparecía detrás del horizonte, reuníamos leña, hacíamos una hoguera y asábamos pescado, perritos calientes, hamburguesas o lo que pudiéramos improvisar, comíamos y nos sentábamos alrededor del fuego y alguien sacaba una guitarra y cantaba *Sloop John B* o *Barbara Ann*

o alguna canción popular vieja y después, si tenías suerte, te alejabas discretamente del fuego con una manta y alguna de las chicas a darte el lote; ella olía a agua salada y a bronceador y a lo mejor te dejaba meterle la mano bajo el sujetador del biquini y no había nada como aquella sensación. Tal vez te pasaras la noche tumbado a su lado sobre la manta y, cuando te despertabas, bajabas a toda prisa a los muelles justo a tiempo para pillar el barco para ir a trabajar y empezar todo el proceso otra vez.

»En aquella época podías hacerlo así: dormir un par de horas, trabajar todo el día, surfear toda la tarde, divertirte toda la noche y seguir adelante. Ahora ya no puedes hacerlo más: si te pasas una noche sin dormir, al día siguiente te duele todo.

»Era una época dorada —piensa Frank y de golpe se pone triste—. Lo llaman “nostalgia”, ¿verdad? —piensa, mientras lucha por recuperarse de su ensueño y camina hacia el puesto de carnada, recordando el verano en un día frío y húmedo de invierno.

»Pensábamos que aquellos veranos no acabarían nunca. Nunca se nos ocurrió que alguna vez sentiríamos el frío en los huesos.»

Dos minutos después de abrir, empiezan a llegar los pescadores.

Frank conoce a la mayoría —son sus clientes asiduos—, sobre todo los días de semana, cuando los que van los fines de semana tienen que ir a trabajar. Los martes por la mañana vienen los jubilados, los de más de sesenta y cinco, que no tienen nada mejor que hacer con su tiempo que pararse en el muelle, exponiéndose al frío y la humedad, y tratar de pescar. Además —cada vez más con el paso de los años— están los asiáticos —sobre todo vietnamitas, junto con algunos chinos y malasios— de mediana edad, para los cuales aquello es su trabajo —es su manera de llevar comida a la mesa—, y que todavía parecen asombrarse de poder hacerlo casi gratis: compran un permiso de pesca y un po-

co de carnada, echan el sedal y alimentan a sus familias gracias a la generosidad del mar.

«Caray —piensa Frank—, ¿acaso no es lo mismo que han hecho aquí siempre los inmigrantes? —Ha leído artículos sobre una flota de juncos de pesca que tenían los chinos allá por la década de 1850, hasta que las leyes de inmigración les prohibieron la entrada—. Después, mi propio abuelo y los demás inmigrantes italianos pusieron en marcha la flota atunera y se zambullían en busca de orejas marinas. Ahora los asiáticos vuelven a hacer lo mismo: alimentar a sus familias con los productos del mar.»

Conque están los jubilados y los asiáticos y además están los obreros blancos jóvenes, la mayoría empleados en empresas de servicio público que salen del turno de noche, para los cuales el muelle es su territorio ancestral y a los que sienta mal que los asiáticos «recién llegados» ocupen «sus lugares». Alrededor de la mitad de estos tíos no pescan con cañas, sino con ballestas.

Para Frank no son pescadores, sino cazadores que esperan a ver un destello en el agua y disparan una de aquellas flechas, sujetas a cuerdas largas para poder sacar los peces. De vez en cuando disparan demasiado cerca de un surfista que sale junto al muelle y ha habido unas cuantas peleas por eso, de modo que hay algo de tensión entre los surfistas y los ballesteros.

A Frank no le gusta que haya tensión en su muelle.

En la pesca, el surf y el agua tiene que haber diversión, en lugar de tensión. El océano es grande, muchachos, y hay espacio para todos.

Esta es su filosofía y Frank la comparte sin restricciones. Todo el mundo quiere a Frank, el vendedor de carnada.

Lo quieren los asiduos, porque siempre sabe qué peces andan por ahí y qué se está pescando y jamás te venderá un cebo si sabe que no sirve. Los pescadores ocasionales lo quieren por el mismo motivo y porque, si un sábado van con su hijo, saben que Frank va

a despertar su interés y le va a encontrar un lugarcito donde seguro que pesca algo, aunque tenga que desplazar un rato a algún asiduo para conseguirlo. Lo quieren los turistas, porque siempre los recibe con una sonrisa y una frase divertida y un cumplido para las mujeres, un leve coqueteo, aunque sin llegar nunca a tirarles los tejos.

Así es Frank, el vendedor de carnada, que decora su puesto en Navidad como si fuera el Rockefeller Center, se disfraza en Halloween y reparte caramelos a todos los que pasan y todos los años organiza un certamen infantil de pesca y da premios a todos los chavales que participan.

Los lugareños lo quieren porque patrocina un equipo de la liga de béisbol infantil y paga el uniforme de un equipo infantil de fútbol, aunque detesta el fútbol y jamás va a ver ningún partido, paga un anuncio en el programa de todas las producciones teatrales de los institutos y ha pagado los aros de baloncesto del parque municipal.

Esta mañana, después de que consigue la carnada para sus primeros clientes, se produce como siempre un paréntesis que aprovecha para relajarse y observar a los surfistas que ya han salido con la «patrulla del amanecer»: son los cargadores jóvenes y fuertes, que salen a surfear antes de ir a trabajar.

«Hace unos años, yo habría estado entre ellos —piensa con una leve punzada de envidia, pero enseguida se ríe de sí mismo—. ¿Unos años? Seamos realistas. Estos chavales con sus tablas cortas van cambiando constantemente de dirección hacia la parte rompiente de la ola. ¡Por Dios! Suponiendo que pudieras hacer algo así, lo más probable es que te destrozaras la espalda y tuvieras que quedarte en la cama una semana. Hace veinte años que no puedes competir con ellos y lo único que conseguirías sería estorbar y lo sabes perfectamente.»

Así que se sienta y se pone a hacer las palabras cruzadas, otro regalo de Herbie, que lo aficionó a los crucigramas. Últi-

mamente piensa mucho en Herbie Goldstein, sobre todo aquella mañana.

«Tal vez sea la tormenta —piensa—. Las tormentas hacen surgir los recuerdos, igual que dejan cosas flotando en la playa. Son cosas que uno piensa que han desaparecido para siempre hasta que, de repente, aparecen allí: descoloridas, gastadas, pero allí otra vez.»

Se sienta y trata de resolver el crucigrama mientras piensa en Herbie y espera la «hora de los caballeros».

La «hora de los caballeros» es un clásico en todos los lugares con buena ola de California. Comienza alrededor de las ocho y media o las nueve de la mañana, cuando los jovencitos con las tablas más rápidas se han marchado precipitadamente a sus trabajos diurnos y dejan el agua para los tíos con horarios más flexibles, con lo cual la zona de arranque se llena de médicos, abogados, inversores inmobiliarios, los primeros ejecutivos que han comprado empresas nacionales, algunos maestros jubilados; en resumen: caballeros.

Tienen más edad, evidentemente, y la mayoría llevan tablas largas y grandes y un estilo más directo, más pausado, menos competitivo y mucho más amable. Nadie tiene demasiada prisa y nadie se mete en la ola de otro ni se preocupa si no ha remontado ninguna ola. Todos saben que mañana habrá más olas y pasado mañana también y lo mismo al día siguiente. La verdad es que buena parte de la navegada consiste en esperar en la zona de arranque o incluso de pie en la playa, intercambiando mentiras sobre olas gigantes y revolcones violentos y contando anécdotas sobre los viejos tiempos, que van mejorando con cada nueva versión.

Deja que los chavales la llamen «la hora del geriátrico». ¡Qué sabrán ellos!

«La vida es como una gran naranja —piensa Frank—. Cuan-

do eres joven, la exprimes mucho y rápido tratando de sacarle todo el zumo enseguida. Cuando te haces mayor, la exprimes lentamente saboreando cada gota porque, primero, nunca sabes la cantidad de gotas que te quedan y, segundo, las últimas gotas son las más dulces.»

Mientras piensa en esto, empieza un altercado al otro lado del muelle.

«Tendremos una buena historia para la “hora de los caballeros”», piensa Frank, mientras se acerca a ver lo que pasa.

¡Qué gracia! Un balletero y un vietnamita han pescado el mismo pez y están a punto de llegar a las manos sobre quién lo pescó primero: si el balletero le disparó después de que mordiera el anzuelo del vietnamita o el vietnamita lo enganchó cuando ya estaba clavado en la flecha del balletero.

El pobre pescado está colgado en el aire en el vértice de aquel triángulo insólito, mientras los dos individuos juegan al tira y afloja con sus sedales, pero un vistazo revela a Frank que quien tiene la razón es el vietnamita, porque el pescado tiene su anzuelo en la boca y es poco probable que un pescado con el cuerpo atravesado por una flecha decida que tiene apetito y trate de comerse un pececillo.

Sin embargo, el balletero le da un buen tirón y se queda con el pescado.

El vietnamita empieza a gritarle y se congrega un gentío. Da la impresión de que el balletero está a punto de golpear al vietnamita contra el muelle. Podría hacerlo fácilmente, porque es grandote, más grande incluso que Frank.

Frank se abre paso entre la multitud y se sitúa entre los dos rivales.

—El pescado es de él —dice Frank al balletero.

—¿Y tú quién coño eres?

La pregunta demuestra una ignorancia supina. Es Frank, el

vendedor de carnada, y todos los que frecuentan el muelle lo saben. Cualquier asiduo sabría también que Frank, el vendedor de carnada, es uno de los encargados de mantener la ley y el orden en el muelle.

Es que en todo lo relacionado con el agua (ya sea la playa, el muelle o una ola) hay algún *sheriff* que, por una cuestión de antigüedad y de respeto, mantiene el orden y resuelve las controversias. En la playa suele ser un socorrista, alguna persona mayor que se ha convertido en una leyenda del socorrismo. En la zona de arranque, son uno o dos tíos que han estado navegando aquella rompiente desde siempre. En el muelle de Ocean Beach, es Frank.

No se discute con el *sheriff*. Puedes exponer tus argumentos, puedes expresar tu queja, pero su resolución no se cuestiona, y, desde luego, no le preguntas quién es, porque uno debería saberlo. No saber quién es el *sheriff* quiere decir, automáticamente, que uno es un intruso cuya ignorancia probablemente lo incrimina de entrada.

Además, al balletero se le nota mucho que es de la zona de East County: desde el chaleco de plumas hasta la gorra de béisbol con la inscripción «Keep on Truckin'» y el peinado que lleva debajo. Frank supone que es de El Cajón* y siempre le divierte que un tío que vive a más de sesenta kilómetros del mar tenga un sentido tan desarrollado de la parte que le corresponde de él.

Ni se molesta en responderle.

—Es evidente que él lo enganchó primero y que usted le disparó mientras él estaba enrollando el sedal —dice Frank.

Es lo mismo que el vietnamita dice rápido, a voz en grito, sin

* Ciudad perteneciente al condado de San Diego e, históricamente, una típica ciudad rural estadounidense. (N. del E.)

parar y en vietnamita, conque Frank se vuelve hacia él y le pide que se calme. Le inspira respeto, porque no se echa atrás, aunque mide treinta centímetros menos y pesa sesenta kilos menos.

«Está claro que no se va a echar atrás —piensa Frank—: está tratando de dar de comer a su familia.»

Entonces Frank se vuelve al balletero.

—Dele su pescado. Hay muchos más en el océano.

El balletero no está dispuesto a tolerarlo. Mira a Frank con odio y, viéndole los ojos, Frank se da cuenta de que suele consumir drogas.

«Pues qué bien —piensa Frank—: con la cabeza llena de *speed*, será mucho más fácil tratar con él.»

—Estos chinos de mierda se están quedando con todos los peces —dice el balletero, mientras vuelve a cargar la ballesta.

Es posible que el vietnamita no hable mucho inglés, pero, a juzgar por su mirada, conoce la expresión «chino de mierda».

«Es probable que la haya oído muchas veces», piensa Frank, avergonzado.

—Oiga, East County —dice Frank—, que por aquí no solemos hablar así.

El balletero está a punto de empezar a discutir, pero se detiene. Simplemente se detiene. Es posible que sea imbécil, pero no es ciego y ve algo en los ojos de Frank que le hace cerrar la boca.

Frank mira al balletero directamente a los ojos drogados y le dice:

—Y no quiero volver a verlo en mi muelle. Busque otro lugar para pescar.

Al balletero se le han pasado las ganas de discutir; coge lo que ha pescado y emprende el camino de regreso por el muelle. Frank regresa a la tienda de carnada a ponerse el traje de neopreno.

3

—¡Vaya! ¡Ya tenemos aquí al justiciero!

Dave Hansen sonríe burlonamente a Frank desde su tabla en la zona de arranque. Frank se le acerca remando y se coloca a su lado.

—¿Ya te has enterado?

—Ocean Beach es como un pueblo —dice Dave y echa una mirada significativa a la tabla larga de Frank, una vieja Baltierra de dos metros y ochenta centímetros de largo—. ¿Eso es una tabla o un transatlántico? ¿Llevas camareros a bordo? Quisiera hacer una reserva para el segundo turno, por favor.

—A olas grandes, tabla grande —dice Frank.

—Serán aún más grandes mañana, cuando hablemos de ellas —dice Dave.

—Las olas son como las barrigas —dice Frank—: Crecen a medida que pasa el tiempo.

No ha sido así con la de Dave. Dave y él son amigos desde hace como veinte años y la barriga de aquel poli alto sigue siendo plana como una tabla. Cuando Dave no hace surf, sale a correr y, salvo el panecillo de canela que toma después de la «hora de los caballeros», no come nada que contenga azúcar blanca.

—¿Hace bastante frío para ti? —pregunta Dave.

—Sí.

Lo hace y eso que Frank lleva puesto un traje de invierno de O'Neill con capucha y botines. ¡Qué fría está el agua! En verdad, Frank había pensado saltarse la «hora de los caballeros» aquella mañana precisamente por aquel motivo.

«Pero eso sería el principio del fin —piensa—: sería reconocer que uno se hace mayor. Salir todas las mañanas es lo que te mantiene joven.»

Por eso, en cuanto llegó el chaval, Abe, Frank hizo el esfuerzo de ponerse el traje de neopreno, la capucha y los botines, sin darse tiempo a acobardarse.

Sí que hace frío. Cuando iba remando y tuvo que zambullirse bajo una ola, fue como meter la cara en un barril de hielo.

—Me sorprende que hayas venido esta mañana —dice Frank.

—¿Por qué lo dices?

—Por la Operación Aguijón G —dice Frank—. ¡Qué nombre más original, Dave!

—Para que después digan que no tenemos sentido del humor.

«Claro que la Operación Aguijón G no es ninguna broma —piensa Dave Hansen—. Tiene que ver con los últimos vestigios del crimen organizado en San Diego, el soborno a policías y concejales... Hasta podría haber involucrado algún congresista. La Operación Aguijón G no tiene nada que ver con las estríperes, sino con la corrupción, y la corrupción es como el cáncer: empieza en pequeña escala, con señoritas que bailan semidesnudas sobre las rodillas de los clientes, pero después crece y se convierte en licitaciones para construcciones, operaciones inmobiliarias y hasta contratos de defensa. Cuando un político se engancha, queda enganchado para siempre. Los de la mafia lo saben y saben que a un político se lo soborna una sola vez; después se le hace chantaje.»

—¡Fuera! —grita Frank.

Se acerca una buena serie de olas. Dave arranca. Es fuerte y

rema con facilidad y un estilo atlético y Frank lo observa cuando coge la ola y se pone de pie, después se agacha y cabalga la ola a la derecha hasta el final y de un saltito se baja de la tabla. El agua le llega al tobillo.

Frank se prepara para la siguiente.

La espera tumbado boca abajo sobre la tabla y rema con fuerza, siente que la ola lo levanta y se pone en cuclillas. Se endereza justo cuando la ola desciende y apunta la parte anterior de la tabla hacia la orilla. Es el estilo clásico y directo de la vieja escuela, pero, aunque Frank lo ha hecho así miles de veces, para él sigue siendo la mejor salida.

Sin ánimo de ofender a Donna, ni a Patty, ni a ninguna de las mujeres con las que ha hecho el amor en su vida, no hay nada como aquello. Ni lo ha habido ni lo habrá jamás. ¿Cómo decía aquella canción? «Coge una ola y te sentirás como si estuvieras sentado en la cúspide del mundo.» Eso era: sentado —mejor dicho, parado— en la cúspide del mundo. Y el mundo va a mil por hora, frío, despejado y hermoso.

Cabalga la ola y se baja de un saltito. Dave y él vuelven remando juntos.

—No estamos tan mal para lo mayores que somos —dice Frank.

—Claro que no —responde Dave. Cuando vuelven a donde el agua les llega a los hombros, dice—: Oye, ¿te dije que he decidido tirar la toalla?

Frank no está seguro de haber oído bien. ¿Que se jubila Dave Hansen? ¡Pero si tiene mi edad, por el amor de Dios! No, ni siquiera: es un par de años más joven.

—La Agencia ofrece la jubilación anticipada —dice Dave con delicadeza, porque ha visto la cara que ha puesto Frank—. Llegan todos estos jovencitos. Y con todo esto del terrorismo... Lo he hablado con Barbara y hemos decidido aprovecharlo.

—¡Por Dios, Dave! ¿Y qué vas a hacer?

—Esto —dice Dave, señalando las olas con la mano— y viajar y dedicar más tiempo a los nietos.

¡Los nietos! Frank ha olvidado que la hija de Dave, Melissa, ha tenido un bebé hace un par de años y está esperando otro. ¿Dónde era que vivía? ¿En Seattle? ¿En Portland? Algún lugar lluvioso.

—Vaya.

—Mira que seguiré viniendo para la «hora de los caballeros» —dice Dave—, muchas veces, y así no tendré que marcharme tan temprano.

—No, oye, felicitaciones —dice Frank—. *Cent'anni*. Muchas felicidades. Ejem, ¿cuándo...?

—Dentro de nueve meses —dice Dave—, en septiembre.

«Septiembre —piensa Frank—, el mejor mes para la playa. El tiempo es estupendo y los turistas ya se han vuelto a casa.»

Llega otra serie de olas. Los dos las cabalgan y dan por concluida la navegada. Dos olas buenas en un día como aquel son suficientes. Una taza de café caliente y un panecillo de canela parecen una buena idea en aquel preciso momento, conque salen y se lavan en la ducha al aire libre que hay en el exterior del puesto de carnada, se visten y pillan una mesa en la cafetería del muelle de Ocean Beach.

Se sientan, beben café, consumen grasas y azúcares y observan la tormenta de invierno que se avecina desde el mar. El cielo se ha puesto gris oscuro y se ha llenado de nubes y empieza a soplar viento del oeste.

Va a ser algo extraordinario.

7

Esta noche, al llegar a su casa, encuentra un coche en el callejón: un coche desconocido.

Frank conoce a los vecinos, conoce todos sus vehículos y sabe que ninguno tiene un hummer. Además, a pesar de la lluvia que cae con fuerza en aquel momento, alcanza a ver a dos tíos sentados en el asiento delantero.

De entrada sabe que no son profesionales. Si lo fueran, no usarían jamás un vehículo tan llamativo como un hummer. Tampoco son polis, porque ni los agentes del FBI tienen presupuesto para un vehículo semejante. En tercer lugar, un profesional sabría que adoro la vida y, porque la adoro, en treinta años jamás he llegado a mi casa por la noche sin dar antes una vuelta a la manzana, sobre todo teniendo en cuenta que la entrada a mi garaje queda en un callejón, donde me podrían cortar el paso.

Por consiguiente, si estos tíos fueran profesionales, no estarían sentados en el callejón, sino a una manzana de distancia, como mínimo, esperando a que entrara en el callejón para acercarse.

Sin embargo, ellos lo han visto pasar. Al menos eso creen.

—Ese era él —dice Travis.

—No digas gilipollecés —responde Jota—. ¿Cómo lo sabes?

—Te digo que era él, Junior —dice Travis—. El cabronazo de Frankie Machine. Una puta leyenda.

No es fácil aparcar en Ocean Beach, conque Frank tarda como diez minutos en encontrar un lugar en la calle a tres manzanas de distancia. Frena y busca bajo el asiento su S&W calibre 38, se la mete en el bolsillo del impermeable, se cubre con la capucha y baja del coche. Se aleja una manzana más para llegar al callejón desde el este en lugar del oeste, por donde deben estar esperándolo. Entra en el callejón y el hummer sigue allí. A pesar de la lluvia, oye la vibración del bajo: aquellos idiotas están escuchando música *rap*.

Eso facilita mucho las cosas.

Avanza por el callejón, chapoteando en los charcos, aunque sus zapatos pierdan el brillo, y procurando mantenerse justo en el centro de la parte posterior del hummer, para tener menos probabilidades de que lo detecten en cualquiera de los dos retrovisores. Al acercarse, huele el canuto y cae en la cuenta de que aquellos chavales —probablemente, traficantes de drogas— que lo aguardan sentados en su vehículo chulo, colocándose y escuchando música, son unos gansos.

Ni siquiera está seguro de que lo hayan oído cuando abre la portezuela trasera, se introduce en el coche, clava la pistola contra la nuca del conductor y echa hacia atrás el percutor.

—Te dije que era él —dice Travis.

—Frankie —dice Jota—, ¿no me reconoces?

Sí, es posible que Frankie lo reconozca, aunque han pasado muchos años. El chaval —es posible que ronde los veinticinco— tiene el pelo negro corto, peinado con gel formando púas, una especie de tachuela clavada en el labio inferior y pendientes en la parte superior del pabellón de las orejas. Va engalanado con ropa de surf: una camiseta de mangas largas de Billabong bajo un forro polar Rusty y pantalones de chándal.

—¿Mouse Junior? —pregunta Frank.

El otro ríe entre dientes, pero calla enseguida. A Mouse Junior no le gusta que lo llamen Mouse Junior; prefiere «Jota» y así se lo dice a Frank.

El otro también va vestido como un payaso. También está peinado con gel y lleva una perilla rala y una de esas gorritas de surfista en la cabeza, que molesta a Frank, porque él se pone una de esas para que no se le enfríe la cabeza al salir del agua fría, después de surfear de verdad, y no para estar en la onda pseudohip. Los dos llevan gafas de sol y tal vez por eso no vieron que un hombre adulto grandote se les acercaba por detrás. Eso no se lo dice y tampoco baja el arma, aunque apuntar con un arma al hijo de un capo constituye una violación importante del protocolo.

«Qué importa», piensa Frank. No le interesa que en su lápida esté escrito «pero respetó el protocolo».

—¿Y tú quién eres? —pregunta al otro.

—Me llamo Travis —responde el otro—, Travis Renaldi.

«¡A qué extremos hemos llegado! —piensa Frank—: Ahora los padres italianos ponen a sus hijos nombres *yuppies*, como Travis.»

—Es un honor conocerlo, señor Machianno —dice Travis—, alias *Frankie Machine*.

—Cállate —dice Frank—, no sé de qué hablas.

—Sí, calla de una puta vez —dice Mouse Junior—. Frankie, ¿podrías bajar la pistola? ¿Y podemos entrar? Tal vez podrías convidarnos con una cerveza o una taza de café o algo así.

—¿Se trata de una visita de cortesía? —pregunta Frank—. ¿Para eso me estáis esperando en el callejón a estas horas de la noche?